

¿Y si Bochica encontrara a Hermes y Turms para dialogar sobre el futuro de Colombia?

Glênio S. Guedes, abogado entre Brasil y Colombia

Imaginemos, por un instante, un diálogo improbable, a orillas del altiplano cundiboyacense, entre tres figuras míticas: **Bochica**, civilizador de los muiscas; **Hermes**, mensajero olímpico; y **Turms**, su homólogo etrusco, señor de los caminos invisibles entre los mundos. Tres dioses viajeros, mediadores entre lo visible y lo invisible, cada uno portador de una cosmovisión que define el modo en que un pueblo comprende el poder, la ley, la palabra y el sentido de la vida en comunidad.

¿Por qué invocarlos hoy? Porque Colombia —como muchas naciones latinoamericanas— se encuentra en una encrucijada: crisis institucionales, desconfianza ciudadana, tensiones étnicas y ecológicas, una justicia fatigada y una democracia muchas veces capturada por el ruido. Y quizá, ante ese horizonte, no sea descabellado preguntar: **¿qué nos dirían estas figuras antiguas sobre la capacidad de Colombia de reinventar el pacto colectivo?**

Bochica, recordémoslo, no fue simplemente un dios solar. Fue el transmisor de la palabra justa, el que trajo la ley, la agricultura, el calendario y el orden social. Su imagen de anciano barbado que camina incansablemente por los Andes enseñando a vivir resuena con la idea de justicia restaurativa: **reparar el tejido quebrado de la comunidad desde la enseñanza y no desde la imposición**. Hoy que buscamos una justicia transicional real, intercultural y que supere el formalismo, ¿no deberíamos volver a escuchar a Bochica?

Hermes, por su parte, representa la movilidad, la astucia, la interpretación. Es el dios de los juristas, de los intérpretes del lenguaje y de las normas. En tiempos en que el derecho enfrenta desafíos inéditos —desde la inteligencia artificial hasta el colapso ambiental—, necesitamos más hermeneutas que dogmáticos. Hermes no impone: **traduce, conecta, actualiza**. En lugar de aplicar normas muertas, nos invita a leerlas con vida, desde su función comunicativa y su contexto.

Y **Turms**, el menos conocido pero quizás el más enigmático, encarna la memoria olvidada. En la novela de Mika Waltari, *El etrusco*, Turms despierta sin recordar quién es. Su travesía es una búsqueda de sentido y pertenencia. Así también está Colombia: entre la amnesia histórica y el anhelo de futuro. Turms nos recuerda que **una sociedad que no reconcilia sus dioses antiguos con sus derechos modernos camina a ciegas**.

Imagino, entonces, esta conversación sagrada: Bochica propondría un modelo de justicia basada en la palabra, no en la venganza. Hermes pediría un derecho ágil, creativo, dialógico. Turms exigiría que no olvidemos nuestras raíces —ni indígenas, ni romanas, ni etruscas, ni afrocolombianas— y que construyamos un derecho plural, capaz de hablar en varias lenguas.

No se trata de sincretismo ingenuo, sino de una **relectura simbólica del derecho**. En lugar de seguir importando soluciones jurídicas estandarizadas, debemos recuperar nuestra mitología jurídica propia: nuestras maneras de entender el conflicto, el perdón, la ley y el futuro.

Colombia no necesita más tecnócratas que legislen en laboratorios, sino **más sabios que escuchen a sus pueblos**. En las palabras de Bochica hay pedagogía; en las de Hermes, metáfora viva; en las de Turms, el eco de lo que fuimos y podríamos volver a ser.

Por eso, cuando los juristas colombianos se enfrenten a los dilemas del siglo XXI —desde el territorio hasta el algoritmo, desde la paz hasta la inclusión—, bien podrían preguntarse: **¿y si invitáramos a la mesa también a nuestros dioses antiguos?**